

» Vamos á pasar á la pieza de circunstancias representada en el teatro alemán en honor del gran duque y su familia. Aquí sobre todo, es preciso alabar la intencion. Guirnaldas de flores y verdadero follaje adornaban el antepecho de los palcos, cuyas bellas espectadoras adornaban mejor el interior.

» Levantado el telon, se adelanta una actriz en traje de Thalia y pronuncia algun centenar de versos en elogio del gran duque reinante. Creíamos que la pieza se reducía á un monólogo, cuando otra actriz, vestida de Melpómene, llega á reprender á la otra porque no habla mas que del soberano actual y olvida á su predecesor. Entonces estas dos musas conversan en estrofas alternativas, como los pastores de la égloga, reproduciendo cada una los diversos méritos del soberano y de su padre. Luego se levanta un busto por una trampa del fondo de la escena, y las dos van á depositar en él guirnaldas. Una Gloria corona el todo, y llamas azules y rojizas acompañan este cuadro final. No era esto mas ridículo que la fiesta de la ceremonia de Moliere en el Teatro francés, pero lo era tanto. Una fuerte lluvia que ha caído toda la noche hubiera impedido los fuegos artificiales si los hubiese habido en el programa; lo cual sin duda haría que sintieran no haberlos anunciado los directores de la fiesta. »

TURENA.

Me ajusté con un alquilador de carruajes por tres thalers; mediante esta módica suma que corresponde á doce francos de Francia, tuve un carruaje de cuatro asientos, y un conductor que se comprometió á detenerse en el sitio donde fué muerto Turena. Poética é históricamente, es casi la única cosa que hay que ver de Baden á Strasburgo.

El camino que seguíamos para ir á Salzbach costea la Selva Negra, en cuyo lindero se interna algunas veces, pero para reaparecer casi al punto en el llano. Por lo demás, nada menos terrible, nada menos en relacion con su sombrío nombre, que aquellos lindos bosquecillos de verdura que se escapan como una franja festonada de la vasta alfombra del Schwartzwald.

Almorzamos en Bühl; terminado el almuerzo, volvimos á subir en nuestro coche, y atravesamos aun dos pequeñas aldeas; en fin, el conductor detuvo los caballos á la entrada de otra, y se presentó á la portezuela anunciando que estábamos en Salzbach.

Apenas se detuvo nuestro carruaje, se precipitó hácia nosotros una multitud de niños; eran otros tantos cicerones que se ofrecían á enseñarnos el monumento de Turena, y que citaban á competencia el sitio, el día y la hora en que aquel gran general fué muerto; en efecto, hace ciento sesenta y tres años Salzbach vive con aquella muerte.

En medio de aquella multitud no tardó en presentarse, con una gravedad que indicaba su rango, el cicerone con patente. Al verle, todos aquellos pequeñuelos que habian querido apoderarse de nosotros, se dispersaron.

El cicerone nos ofreció enseñarnos primero la bala que mató á Turena. A esto respondí, que fiel observador de las leyes de la cronología, deseaba ver primero el sitio de su muerte, y despues la bala que la habia causado; pero el cicerone, que queria desembarazarse de su bala, insistió de tal modo, que no creí deber contrariar á aquel buen hombre por cosa tan insignificante; por otra parte, reflexioné que, cronológicamente hablando, podria

muy bien tener razon, siendo la bala la causa, y la muerte tan solo el efecto.

Es una bala muy linda de á cuatro, muy limpia, muy insensible al parecer al honor que la han hecho de conservarla como una alhaja, y que no aparenta estar convencida de con el mismo disparo haber herido á un marqués y muerto á un grande hombre.

El guia me dijo al oido que por cierta cantidad, la aldea de Salzbach, muy apurada en aquel momento, consentiria en deshacerse de aquel precioso objeto. Este ofrecimiento, que me recordaba los que me habian hecho en Ferney y en Fontainebleau del baston de Voltaire y la pluma de Napoleon, me dejó, á pesar de lo que era de agradecer, en una impasibilidad completa. Respondí que estaba yo mas apurado aun que la aldea de Salzbach, lo cual, por tanto, me privaba del placer de prestarle aquel servicio, pero que conocia un inglés que poseia ya la bala que se habia llevado la cabeza al duque de Berwick, y que como estaba convencido de que agradeceria sobremanera tener la pareja, le enviaria á Salzbach, si tenia el honor de encontrarle en mi camino. Esta respuesta me pareció tranquilizar algun tanto á nuestro cicerone acerca de la futura colocacion de su proyectil.

Nos pusimos en camino conducidos por él, y

después de un cuarto de hora de marcha, llegamos al sitio donde, después de tres meses de marchas y contramarchas, llegando en fin á aquel punto donde la ventaja de su posición le presentaba todas las probabilidades de victoria, Turena, visitando una batería que había mandado establecer, fué muerto por una bala, que después de haber rozado el tronco de un nogal, y llevándose el brazo al mariscal Saint-Hilaire, fué á atravesarle el pecho. Turena cayó como había caído el mariscal de Berwick, sin pronunciar una sola palabra.

El nogal existe aun, y el cicerone, llevando hasta el extremo desempeñar sus funciones con conciencia, intentó enseñarnos en su tronco nudoso y seco la señal de la bala austriaca.

En el sitio donde murió Turena, se elevó un monumento. El reconocimiento de Luis XIV había vencido el odio de Louvois; verdad es que era una simple piedra, con esta triple inscripción en francés, latin y alemán :

Aquí fué muerto Turena, el 27 de julio de 1675.

El 27 de julio de 1829, el ciento cincuenta y cuatro aniversario de ese gran suceso, el rey Carlos X, sin pensar que tocaba él mismo al destierro, solventó la deuda que el mezquino monumento de su abuelo Luis XIV no había pagado mas que á medias. Una columna de granito gris,

de una sola pieza, y alta de veinte y cuatro pies, se erigió en el mismo sitio en que el vencedor de las Dunas había caído; léese en ella la inscripción siguiente :

A Turena,

muerto en Salzbach el 27 de julio de 1675.

Las entrañas de Turena fueron enterradas en la pequeña ciudad de Achern, situada á media legua de Salzbach. El cuerpo fué trasladado á Francia y enterrado en Saint-Denis, de donde en conformidad á un decreto del Directorio, fué sacado el 16 de agosto de 1799, para ser depositado en su sarcófago tallado á la antigua, y trasladado al museo de los monumentos franceses. En fin, el 23 de setiembre de 1800, por orden de Bonaparte, le volvieron á su primer sepulcro, y después de haber pasado de Saint-Denis al museo de los monumentos franceses, se detuvo definitivamente bajo la cúpula de los Inválidos.

Bonaparte preveía ya que depositaba allí aquel noble cadáver para acompañar algun día á Napoleón.

En Achern se divide el camino; el de la izquierda continúa internándose en el gran ducado de Baden; el de la derecha conduce á Francia.

Detrás de Achern y Salzbach se eleva la montaña Dettonik-Gross, una de las mas altas de la

cadena á que pertenece, y en cuya cima se encuentra el Mummelsée, lago cuyo fondo no se ha podido encontrar, lo cual, como se concibe, en un país tan poético como lo es el Ringaw, ha dado lugar á una multitud de tradiciones á cual mas fantásticas.

En primer lugar, si se atan en un lienzo balas ó guijarros, en número impar, y se suspende encima del lago, el número se vuelve par : si se suspende par, el número se vuelve non, lo cual, como se ve, es ya un lindo juego de cubiletes.

Pasemos á otra cosa.

Un día un pastor guardaba su ganado en las orillas del lago : de repente vió salir del agua un toro de color oscuro que tenia las pezuñas palmeadas, y que fué á mezclarse con sus bueyes ; un momento despues salió á su vez un enano del agua, corrió tras del toro oscuro, le llevó hasta el lago, le obligó á sumergirse y se sumergió con él, murmurando de que no tenia perro para guardar su ganado. Al invierno siguiente estaba el lago helado ; un aldeano pasó por él con dos bueyes que arrastraban troncos de árboles, y nada le sucedió, á pesar del peso enorme que acarreaaba ; detrás de él iba su perro, y desapareció. Desde entonces nadie dudó que el enano del lago habia cogido el perro del aldeano para guardar su rebaño marino.

Otro día, vió un cazador de gamos, al pasar

orilla del lago, un hombrecillo que estaba sentado en la ribera con las piernas pendientes en el agua ; tenia entre sus manos una multitud de perlas y pedazos de ámbar y de coral, que contaba ocultándolos en su camisa, abierta por el pecho. Ocurrióle entonces al cazador la mala idea de apropiarse todas aquellas riquezas, y la puso en ejecución ; pero en el momento en que puso el dedo en el gatillo, el hombrecillo se sumergió y desapareció ; un momento despues volvió á la superficie y dijo al cazador :

— Si me hubieras pedido estas perlas, este ámbar y este coral, te lo hubiera dado, y te hubieras hecho rico para siempre ; pero has querido cogérmelo con mi vida, maldito seas. Y el cazador permaneció siempre pobre, así como su posteridad.

De este modo apareció el enano del lago aun otras dos ó tres veces : se hicieron pesquisas para saber por qué época habia ido al país. Un aldeano refirió entonces que habia oido contar á su padre que su abuelo le habia dicho que, cuando era jóven, un enano habia ido por la noche á pedir hospitalidad á su padre : su padre, que era un leñador, le habia dado la mitad de su cena, pero despues de cenar, como no tenia cama ni aun para sí, le habia ofrecido, ó quedarse con él en la habitacion donde estaban, ó ir á dormir á la granja, donde encontrarían buen heno para ten-

derse en él. El enano le contestó que no se inquietara por él, que encontraría donde alojarse perfectamente; y que dicho esto había salido. El aldeano le acompañó hasta la puerta de su choza, y le vió alejarse en dirección de una fuente, del centro de la que salían gigantescos juncos. Como la luna daba algo de claridad, le vió bajar á la fuente y desaparecer entre los juncos, pero creyó que había visto mal, no pudiendo figurarse que una criatura humana prefiriese una cama de agua helada á un buen lecho de heno. No obstante, como lo que había visto le parecía muy extraordinario, se levantó al amanecer para ver lo que había sido del hombrecillo, y llegando á su puerta, le vió salir de los juncos donde se había metido la víspera por la noche; pero, cosa extraña, ni un hilo de su vestido se había mojado, y estaba tan seco desde la cabeza á los piés como si hubiese pasado la noche en una sarten puesta al fuego.

Entonces el aldeano le manifestó la sorpresa que le causaba lo que veía, pero el hombrecillo se echó á reír, y le respondió que nada había en ello de admirable, puesto que era un hombre de las aguas. El aldeano le preguntó, siendo así, qué iba á hacer á la tierra. El enano refirió al aldeano que había nacido en un lago en lo interior de un país que toca al polo y que se llama la Groenlandia. Que se había casado allí con una Ondina á

quien amaba mucho; pero como aquella Ondina era muy caprichosa y le agradaba mucho jugar en la yerba de las praderas y recoger flores á orillas del lago, placeres de que allí estaba privada durante nueve meses del año, porque en esos nueve meses la tierra estaba cubierta de nieve, le había atormentado frecuentemente para que buscara una comarca mas dulce y mas próxima al sol, diciéndole que si la obligaba á quedarse en aquella horrible Groenlandia, se escaparía algún día é iría á buscar para establecer su mansión algún bello y límpido lago, de cielo azul y bellas riberas. Pero aquella Groenlandia que detestaba la Ondina era la patria del pobre enano. La amaba como se ama á la patria, y respondió que no quería abandonarla. A consecuencia de esto un día que volvía de buscar coral para hacer un collar á su Ondina, se encontró con que había desaparecido; la Ondina había cumplido su amenaza, había huido. Desde entonces se había dedicado á buscarla y había visitado todos los lagos de la tierra, desde el lago Ontario en América, hasta el lago de Genezareth, en Siria. Pero en ninguna parte había vuelto á ver á su mujer, no le quedaba ya mas que el Mummelsée, y si la Ondina no estaba allí, se había perdido. Iba, pues, al Mummelsée, cuando había pedido la víspera hospitalidad al aldeano á quien acababa de referir su historia.

Entonces el aldeano, que habia tomado un gran interés en las tribulaciones del pobre hombrecillo de las aguas, le ofreció le guiaria su hijo hasta el lago, lo cual aceptó el enano con gran reconocimiento, atendiendo á que por la tierra andaba mal y no veia muy bien, mientras que en el agua nadaba como un sollo, y veia brillar una perla á mil piés debajo de él. Pusiéronse el jóven y el enano en camino, y caminando le referia el enano al jóven cómo el agua estaba mas poblada que la tierra; cómo el fondo de los lagos estaba tapizado de grandes pastos, en medio de los que pacian manadas de bueyes y vacas mansas, mas numerosas que las que cubren las fértiles montañas de la Suiza: cómo, en fin, habia allí, en las llanuras líquidas como en las llanuras de los hombres, ricos pescados. Pero estos pescados eran campos de perlas, de ámbar y de coral, una sola de cuyas recolecciones enriquecia para toda su vida al cosechero que la hiciese.

Y discurriendo así, el jóven y el enano llegaron orilla del lago; el enano dió gracias al jóven, y le dijo le esperase junto al agua media hora, y que si pasado aquel tiempo no volvía, es que habia vuelto á encontrarse á su mujer, y en este caso, veria subir á la superficie un saquito de piel que le enseñó; y que entonces podría coger aquel saco, y lo que contenia seria para él.

Dichas estas palabras, el enano se sumergió en el lago y desapareció.

A la media hora vió el jóven en la superficie del lago el saco de piel, le atrajo á sí con el gancho de su palo de montaña, y le abrió; el saquito estaba lleno de perlas, de ramas de coral y de pedazos de ámbar, que su padre fué á vender á Strasburgo, y con su valor compró magníficos prados, que desde aquella época conserva su familia.

Este era el pago de la hospitalidad, que el pobre leñador habia dado al hombrecillo de las aguas, el cual habiendo, segun parece, encontrado á su mujer en el Mummelsée, no ha dejado desde aquel momento el lago, que habita continuamente, pero en cuyas orillas por desgracia se presenta hoy mas rara vez que en otros tiempos.

Tenia yo gran deseo de verle, pero como me dijo mi conductor, meneando la cabeza, que seria *una casualidad* si yo le encontraba, continué mi camino, tanto mas, que á falta de él me quedaba por visitar la reina de un antiguo castillo que veia elevarse á mi izquierda, y que mi conductor se contentó con designarme bajo el nombre de las ruinas del Erable; hé aquí la leyenda que ha dado lugar á este nombre.

Hacia ya doscientos años que el castillo no era mas que un monton de piedras desprendidas, y en medio de estas piedras habia nacido un magnífico

arce, que muchas veces los aldeanos de las inmediaciones quisieron derribar sin poderlo conseguir, tan dura y nudosa era su madera. En fin, un joven, llamado Wilhelm, fué á su vez á probar ventura como los demás, y despues de haberse quitado su chaqueta, cogiendo una hacha que habia hecho afilar expresamente, dió en el tronco del árbol con toda su fuerza, pero el árbol rechazó el hierro como si fuera de acero. Wilhelm no se desanimó y dió el segundo golpe, el hacha fué rechazada de nuevo; en fin, levantó el brazo, y reunió todas sus fuerzas, dió el tercer golpe, pero á este tercero, habiendo oido como un suspiro, levantó los ojos y vió delante de sí á una mujer de veinte y ocho á treinta años, vestida de negro, y que hubiera sido completamente bella, si su palidez no hubiese dado á toda su persona un aspecto cadavérico que indicaba que hacia largo tiempo no pertenecia aquella mujer á este mundo.

— ¿Qué quieres hacer de este árbol? preguntó la da Namegra.

— Señora, dijo Wilhelm mirándola con admiracion, porque no la habia visto llegar, y no podia adivinar de dónde salia; señora, quiero hacer de él una mesa y dos sillas, porque me caso el San Martin próximo con Roschen, mi novia, á quien amo hace tres años.

— Prométeme hacer con él una cuna para tu

primer hijo, respondió la dama Negra, y levantaré el encanto que defiende á este árbol contra el hacha del leñador.

— Os lo prometo, señora, dijo Wilhelm.

— ; Y bien, dá ! respondió la señora.

Wilhelm levantó su hacha y del primer golpe hizo en el tronco una grieta profunda; al segundo golpe tembló el árbol desde su copa hasta las raíces; al tercero cayó enteramente desprendido de su base y rodó por el suelo. Entonces Wilhelm levantó la cabeza para dar gracias á la dama Negra, pero la dama Negra habia desaparecido.

Wilhelm no por eso dejó de cumplir la promesa que le habia hecho, y aunque se burlasen mucho de que hiciese la cuna para su primer hijo antes de verificado el matrimonio, se puso á la obra con tanto ardor y destreza, que antes que hubiesen pasado ocho dias, habia acabado una encantadora cuna.

Al dia siguiente se casó Roschen, y nueve meses despues, dia por dia, dió á luz un hermoso niño, que depositaron en la cuna del arce.

En la misma noche, cuando el niño lloraba, y su madre, desde su cama, le mecia en su cuna, se abrió la puerta de la habitacion, y la dama Negra se presentó en el dintel, llevando en la mano un ramo de arce seco; Roschen quiso gritar, pero la dama Negra se llevó su dedo á la boca, y Ros-

chen, temiendo irritar la aparicion, quedó muda é inmóvil, con los ojos fijos en ella. La dama Negra se aproximó entonces al lecho con paso lento, y que no tenia ningun eco.

Llegando junto al niño, le unió las manos, suplicó un instante en voz baja, y despues de haberle dado un beso en la frente :

— Roschen, dijo á la madre toda asustada, toma esta rama seca, que es del mismo arce de que se ha hecho la cuna de tu hijo, guárdala con cuidado, y luego que tu hijo llegue á la edad de diez y seis años, métela en agua pura; despues, cuando esta rama haya echado hojas y flores, dála á tu hijo, y que vaya con ella á tocar la puerta de la torre del lado de Oriente, lo cual será para su felicidad y mi libertad.

Dichas estas palabras, dejando la rama seca en manos de Roschen, la dama Negra desapareció.

El niño creció y se hizo un hermoso mancebo; en todo lo que hacia, un buen genio parecia guardarle; de vez en cuando Roschen dirigia la vista á la rama de arce que habia puesto bajo el crucifijo, con los ramos de boj bendito de los domingos de Ramos. Y como la rama se secaba mas y mas, movia la cabeza dudando que un ramo tan seco pudiese jamás dar ni hojas ni flores.

Sin embargo, el mismo dia en que su hijo tuvo diez y seis años, no dejó de obedecer el mandato

de la dama Negra, y cogiendo el ramo de debajo del crucifijo, fué á colocarle en medio de un manantial de agua que corre por el jardin.

Al dia siguiente fué á ver el ramo y le pareció que la savia comenzaba á circular bajo su corteza; á los dos dias, vió apuntar los botones, al dia siguiente se abrieron, luego crecieron las hojas, aparecieron las flores, y á los ocho dias de estar la rama en el manantial, se diria que acababan de cogerla en el arce inmediato.

Entonces Roschen cogió á su hijo, le condujo al manantial, y le refirió lo que habia pasado el dia de su nacimiento; el jóven, aventurero como un caballero errante, cogió la rama, é inclinándose ante su madre, le pidió su bendicion, porque queria tentar la aventura al instante mismo. Roschen le bendijo, y el jóven se encaminó inmediatamente hácia las ruinas.

Era el momento del dia en que el sol poniéndose en el horizonte hace subir las sombras de los sitios profundos á los mas elevados. El jóven, á pesar de ser valiente, no estaba exento de aquella inquietud que experimenta el hombre mas animoso en el momento en que va á afrontar un suceso sobrenatural é inesperado; al pisar las ruinas, latia su corazon con tal violencia, que se detuvo un instante para respirar. Se habia ocultado el sol completamente, y la oscuridad comenzaba á llegar al pié

de las murallas, cuya parte superior doraban los últimos reflejos del día.

El jóven se adelantó con su ramo de arce en la mano, hácia la torre de Oriente, y al oriente de la torre encontró una puerta, llamó á ella tres veces, y al tercer golpe se abrió la puerta y la dama Negra apareció en el dintel. El jóven dió á su pesar un paso atrás, pero la aparicion le tendió la mano, y con una voz dulce y rostro risueño :

— No tengas miedo, jóven, le dijo ; porque este día es un día de festin para tí y para mí.

— ¿ Pero quién sois, señora ? ¿ No puedo saber el servicio que os he prestado ?

Soy la señora de este castillo, replicó la fantasma ; y como ves, nuestra suerte es la misma ; él no es ya mas que una ruina, y yo una sombra. Jóven, yo fui desposada con el jóven conde de Windeck, que vivia á algunas leguas de aquí, en el castillo cuyos restos llevan aun su nombre. Despues de haberme dicho que me amaba, despues de haberse asegurado de que yo participaba de su amor, me abandonó por otra mujer de que pasó á ser esposo ; pero su dicha no fué de larga duracion. El conde de Windeck era ambicioso ; entró en la liga contra el emperador, y fué muerto en un combate donde su partido fué vencido ; entonces los imperiales se esparcieron por las montañas, saqueando, quemando los castillos de sus

enemigos. El castillo de Windeck fué saqueado y quemado como los demás, y la jóven condesa huyó con su hijo en los brazos ; pero rendida al punto de fatiga, cogió una rama de arce para ayudar su marcha. Habia visto de lejos las torres del castillo que habitaba yo, y como ignoraba lo que habia pasado entre su marido y yo, iba á pedirme hospitalidad ; pero si ella no me conocia, la conocia yo ; la habia visto pasar en una cacería, embriagada de amor, ardiente en el placer, seguida á lo lejos de apuestos jóvenes, que envidiosos de mi ingrato amante, la decian que era bella. Al verla, en lugar de sentir compasion hácia ella, como debia hacerlo una cristiana, se despertó todo mi odio. La vi con alegría encorvada bajo el peso de su material carga, subir con los piés descalzos y destrozados á través del sendero pedregoso que conducia á la puerta de mi castillo. Pero bien pronto se detuvo en la plataforma que domina aquel estanque sombrío que ves ; por un último esfuerzo, hincando su palo en tierra para apoyarse, tendió hácia mí sus dos brazos que sostenian á su hijo, y moribunda, se dejó caer sin fuerza y oprimiendo aun á su pobre niño contra su pecho. Yo entonces, bien lo sé, hubiera debido bajar de mi balcon, hubiera debido acercarme á ella, levantarla en mis brazos, sostenerla sobre mis hombros, conducirla á este castillo y hacer de ella mi hermana. Esto hubiera

sido hermoso y caritativo á los ojos de Dios; éi, lo sé, pero estaba celosa del conde, aun despues de su muerte. Quise vengarme en su pobre mujer inocente de lo que yo habia sufrido. Llamé á mis criados, y les mandé la echasen de allí como á una gitana. ¡ Ay ! me obedecieron : los ví aproximarse á ella, insultarla, negarla hasta aquel lecho de tierra donde reposaba un momento sus fatigados miembros. Entonces ella se levantó loca, insensata, y cogiendo á su hijo en sus brazos, la ví correr toda desmeledada hácia la roca que domina el lago, subir á su cima, y despues dirigiéndome una terrible maldicion, precipitarse en el agua con su hijo. Lancé un grito : en aquel momento me arrepentí, pero era demasiado tarde. La maldicion de mi victima habia subido hasta el trono de Dios. Habia gritado venganza, y venganza debia ejecutarse.

Al dia siguiente, arrojando un pescador sus redes en el lago, sacó á la madre y al hijo, que permanecian abrazados. Como segun la relacion de mis criados habia atentado ella misma á su vida, el capellan del castillo se negó á enterrarla en tierra sagrada, y fué depositada en el sitio mismo donde habia metido en tierra su palo de arce; bien pronto aquel palo, que estaba verde aun, echó raíces, y en la primavera siguiente, dió flores y frutos.

En cuanto á mí, devorada por el arrepentimien-

to, sin tranquilidad de dia, sin descanso por las noches, pasaba mi tiempo rezando, arrodillada en la capilla, ó vagando al rededor del castillo. Poco á poco sentí debilitarse mi salud, y conocí que estaba afectada de una enfermedad mortal. Pronto una languidez irremediable se apoderó de mí y me obligó á guardar cama. Hicieron acudir á los mejores médicos de Alemania, pero todos movian la cabeza al mirarme, y decian : Nada podemos, la mano de Dios está sobre ella. Tenian razon, estaba condenada. Y el dia aniversario del tercer año en que habia muerto la condesa, fallecí á mi vez. Me pusieron mi vestido negro, que siempre llevaba yo, á fin, como lo habia encargado, de llevar aun despues de mi muerte el luto de mi crimen; y como á pesar de lo culpable que yo era, me habian visto morir como una santa, me dejaron en la capilla funeraria de mi familia, y colocaron sobre mí la piedra de mi tumba.

La noche misma del dia en que me habian dejado allí, me pareció, en medio de mi sueño mortal, oír dar la hora en el reloj de la capilla. Contaba los golpes del mazo, y oí tocar doce veces.

A la última campanada, me pareció que una voz me decia al oído :

— Mujer, levántate.

Reconocí la voz de Dios y exclamé :

— ¡ Señor ! ¡ Señor ! ¿ pues que no he muerto

cuando creia estar para siempre jamás dormida en vuestra misericordia, vais á volverme en la vida?

— No, dijo la misma voz, no temas, no se vive mas que una vez; sí, estás muerta ciertamente; pero antes de implorar mi misericordia, es preciso que satisfagas á mi justicia.

— Dios mio, ¡ Señor! exclamé estremeciéndome, ¿ qué vais á ordenarme?

— Vagarás, pobre alma en pena, respondió la voz, hasta que el arce que da sombra á la tumba de la condesa sea bastante completo para sacar de él tablas con que construir la cuna del niño que debe librarte. Levántate, pues, de tu tumba, y cumple tu sentencia.

Entonces, con el extremo de mi dedo levanté la piedra que cubria mi sepulcro, y bajé pálida, fria, inanimada, y vagué así al rededor de mi castillo hasta que se oyó el primer canto del gallo; al punto, por mi misma, y como impulsada por un brazo irresistible, volví á entrar en esta torre, cuya puerta se abrió sola ante mí, y me tendí en mi tumbá, cuya losa se cerró por si misma. La segunda noche sucedió lo mismo, y todas las noches que siguieron á la segunda del mismo modo.

Esto duró cerca de tres siglos. Vi todos los años caer una á una todas las piedras del castillo, y brotar una por una todas las ramas del arce. En fin,

del edificio y de las cuatro torres no queda ya mas que esta; en fin, el árbol creció y se robusteció hasta el punto de que ví aproximarse la hora de mi libertad.

Un dia vino tu padre con el hacha en la mano. El arce que hasta entonces habia resistido al mas afilado acero, ablandado por mí, cedió al hierro de su hacha; por mi súplica hizo del tronco una cuna donde te metieron el dia de tu nacimiento.

El Señor me ha cumplido su palabra, bendito sea el Señor, porque es poderoso y misericordioso.

El jóven se santiguó.

— Y ahora, dijo, ¿ no me queda nada que hacer?

— Sí, respondió la dama Negra, sí tal, jóven, os queda que terminar vuestra obra.

— Mandad, señora, dijo el jóven, y obedeceré.

— Cavad al pié del arce y encontrareis los huesos de la condesa de Windeck y su hijo; haced enterrar sus huesos en lugar sagrado, y cuando estén enterrados levantad la piedra de mi sepulcro, ponedme en la mano un ramo de boj bendito en la última Pascua, y haced cerrrar definitivamente la losa, porque no la levantaré hasta el dia del juicio final.

— ¿ Pero cómo reconoceré vuestro sepulcro?

— Es el tercero entrando á la derecha; además, añadió la dama Negra extendiendo hácia el jóven

una mano que hubiese sido perfecta sin su extremada palidez, mirad esta sortija, la reconocereis en mi dedo.

Miró el jóven y vió un carbunco tan puro, que iluminaba no solo la mano de la dama, sino tambien su bello y melancólico rostro, al que como á la mano, no se podia poner mas defecto que una excesiva blancura.

— Lo haré como deseais, dijo el jóven tapándose el rostro con su ramo, deslumbrado por los rayos que despedia el carbunco, y lo haré mañana por la mañana.

— ¡ Así sea ! respondió la dama Negra.

Y desapareció como si la hubiera tragado la tierra.

El jóven reconoció que acababa de pasar algo de extraño, retiró la mano de sus ojos y miró á su alrededor, pero estaba solo en medio de las ruinas, con su ramo de arce en la mano, frente á la puerta de la torre de Oriente, y esta puerta estaba cerrada.

El jóven volvió á su casa, y refirió todo á su padre y á su madre, quienes reconocieron la mano de Dios en todo aquello; al dia siguiente avisaron al cura de Achern para que fuese al sitio indicado por el jóven cantando el *Magnificat*, mientras que dos sepultureros cavaban al pié del arce. A cinco ó seis piés de profundidad, como habia dicho la dama

Negra, encontraron los dos esqueletos; los huesos de los brazos de la madre oprimian aun al niño contra los huesos de su pecho.

Aquel mismo dia, la condesa y su hijo fueron inhumados en lugar sagrado.

Despues, al salir de la iglesia, el jóven cogió de debajo del crucifijo un ramo bendito en la última Pascua, y llamando á dos amigos suyos, uno albañil y otro cerrajero, los llevó á la torre de Oriente. Cuando vieron á donde les conducia, ambos compañeros vacilaron, pero el jóven les dijo con tal confianza que obedeciéndole obedecian al mismo Dios, que no vacilaron y le siguieron.

Al llegar á la puerta de la torre, notó el jóven que habia olvidado el ramo de arce con que habia llamado la vispera, pero creyó que su ramo bendito tendria el mismo poder; no se engañaba. Apenas tocó con el extremo de la rama seca la maciza puerta, giró sobre sus goznes, como si un gigante la hubiese empujado, y se encontraron las escaleras francas él y sus dos compañeros.

Entonces encendió cada uno una antorcha de que se habian provisto de antemano y bajaron: al vigésimo escalon se encontraron en la bóveda.

El jóven marchó directamente al tercer sepulcro, y llamó á sus dos compañeros para que le ayudasen á levantar la losa; otra vez vacilaron, pero su compañero les aseguró que lo que iban á hacer, en

vez de ser una profanacion, era un acto de piedad, y entonces uniendo los tres sus esfuerzos, descubrieron la tumba.

Encerrábase en ella un descarnado esqueleto en el que el jóven dudó al principio conocer aquella hermosa dama que le habia hablado la víspera, y á la cual, como hemos dicho, no se podia poner otro defecto que una extremada palidez. Pero en los huesos de su dedo, vió brillar aquel carbunco tan magnífico que no habia otro semejante á él en el mundo; púsole pues en la mano el ramo bendito, y cerrando la piedra de la tumba, suplicó á sus dos amigos la cerrasen con la mayor solidez que les fuese posible. Los dos compañeros accedieron.

En esta tumba, que se enseña á los viajeros bastante temerarios para aventurarse bajo las ruinosas bóvedas de la capilla subterránea, es donde reposa la dama Negra, esperando el juicio final.

Y como hemos dicho, aunque no queda resto alguno del árbol que le ha dado su nombre, esas ruinas, que se ven á la izquierda del camino saliendo de Achern, se llaman aun hoy las Ruinas del Arce.

Desde este punto hasta Kehl no ofrece el camino nada bastante curioso para detenerse en él. Kehl tiene de notable que aunque tan antigua como Strasburgo, siempre ha sido nueva; consiste esto en que de veinte y cinco en veinte y cinco años la

quemar y arrasan, y despues la reedifican para volverla á quemar y arrasar; y esto durará mientras haya una Francia y una Alemania en constante reaccion la una contra la otra: lo cual hace que Kehl esté siempre preparada, y que á pesar de ser prusiana mire con la mayor admiracion al rey Luis Felipe, ese robusto pilar de la paz europea.

Por Kehl se pasa al Rhin; en otro tiempo, cuando nosotros éramos protectores de la Confederacion, teníamos allí una magnífica cabeza de puente que parecia una obra avanzada de aquella bella fortaleza de Strasburgo, obra maestra de Vauban, que la construyó en 1682, y que grabó en ella esta leyenda: *Servat et observat*; aquí se divide el rio en dos brazos: el primer puente es de barro, conduce á una isla, y cerca del camino se ve un monumento consagrado á Desaix. Este monumento consiste en una pirámide truncada, con bajos relieves en sus costados. Es uno de esos sarcófagos sin importancia, que las ciudades consagran por órgano de su consejo municipal á sus grandes ciudadanos. Pero como no se encuentran muchos donde haya un nombre semejante al que en este se lee, nos detenemos y le saludamos.

Gracias á la aduana de Kehl, no entramos en Strasburgo hasta las siete y media de la tarde, lo cual me hizo dejar para el dia siguiente mi visita á la catedral.

Mi compañero de viaje me condujo á la fonda del Cuervo; habia permanecido allí ocho dias al ir á reunirse conmigo á Francfort, y la habia hecho célebre con versos que Chepelle ó Bachaumont hubieran dado cualquier cosa, si los hubiesen conocido, por poderlos poner en sus viajes.

Así que fuimos recibidos como conocidos antiguos, y todos se apresuraron á nuestra llegada; el amo de la fonda dejó su partida de los cientos para salir á nuestro encuentro, y aun su misma pareja se levantó y fué á dar la mano á Gerard, quien le saludó con el nombre de general.

— Diabla, mi querido amigo, le dijo luego que nos hubimos sentado frente á un pastel de hígado de cerdo de rigor, flanqueado de un lado por un salechichon, y de otro por seis knatwurch. No sabia que tuviéseis tan buenos conocimientos en la ciudad libre de Strasburgo.

— El general, ¿ no es eso? quereis decir.

— Sí, el general. ¿ Y cómo se llama el general?

— El general Guarnicion.

— Aunque el nombre sea de los mas guerreros, y está muy bien apropiado al personaje que le lleva, permitidme deciros que me es completamente desconocido.

— Es un nombre leal, y que si es desconocido en el resto de Francia, es muy venerado en Strasburgo.

— ¿ Y con qué motivo ha adquirido esa popularidad?

— Sacad vuestro reloj, me dijo Gerard.

— ¿ Y bien? dije obedeciendo.

— ¿ Qué hora es?

— Las nueve menos cuarto.

— A las nueve el general Guarnicion se levantará, cogerá su sombrero y saldrá: es su hora, y el general es muy puntual. Entonces pedireis á vuestro huésped os refiera su historia, y os la referirá; entretanto, otra cucharada del hígado de cerdo, y un pedazo de knatwurch.

Como no habia mucho que esperar, tuve paciencia; á las nueve menos cinco minutos, fui á colocarme en el dintel del comedor, desde donde veia hasta el salon de nuestro huésped. Al dar las nueve, como me habia dicho Gerard, se levantó el general, tomó su sombrero, me saludó y salió.

Me dirigí en seguida á nuestro huésped y le supliqué me refriese la historia del general Guarnicion.

Héla aquí.